

Gardel. No sé si es acertado decir que tiene un aspecto más humano, pero eso es lo que percibí.

Hay barrios muy hermosos y, a la vez, muy distintos entre sí, cuya arquitectura puede ir desde el Art Decó, al Racionalismo, hasta llegar a intercalar, en los lugares más insospechados, el Feísmo de los edificios tipo colmena. Todo en la ciudad es así, y seguramente, esta constante diferencia es la que le confiere una personalidad especial.

No puedo dejar de hablarte de San Telmo, más bohemio y que, en otros tiempos, estuvo habitado por los trabajadores del Puerto. Me pareció una de las zonas mejor conservadas donde todavía existen calles empedradas. Los sábados por la tarde y los domingos, la calle Defensa se convierte en un lugar de paseo, especialmente para el turismo, donde se puede pasar del tango a los museos o a las tiendas de antigüedades. Todo él resulta muy familiar.

Hablar de Palermo es hacerlo de un espacio tan amplio que se ha dividido en tres partes: Palermo Viejo donde se encuentra Villa Freud, Palermo Chico poblado de grandes mansiones y Los Jardines de Palermo. Allí se puede visitar el famoso Patio Andaluz que fue un regalo de la ciudad de Sevilla a Buenos Aires. Creo que es uno de los lugares más deslumbrantes. Son tantas cosas que seguiría contándote hasta casi no acabar... Callao, la Calle de Corrientes que me trae a la memoria el recuerdo de aquel tango que tanto te gustaba y de tantos otros que cantabas aunque a veces, en las letras, añadieras cosas de tu cosecha. A propósito de esto y aunque haya transcurrido tanto tiempo que tu fisicidad ya solo exista en mi memoria, quiero agradecerte que, con tus cánticos, te ocuparas de ir construyendo aquella vieja pared del arrabal, ladrillo a ladrillo o palabra a palabra y que, ciertamente, se ha llegado a convertir en mi compañera, punto de referencia y apoyo en algunos momentos de mi vida en los que la angustia me anudaba la garganta.

Pero me estoy apartando del tema y aunque no pueda citarte todos los lugares que tuve ocasión de conocer, quisiera hacerlo, al menos, con los más destacados. Imposible olvidar La Plaza de Mayo donde sobre un antiguo fuerte, se levanta La Casa Rosada, sede del Gobierno y cuyo color intenso, más que rosa, revela un tinte sanguinolento. El espacio interior destinado al visitante en el

que se muestran algunos objetos curiosos de diferentes gobernantes es, en realidad, un minimuseo dedicado a la Familia Perón. Las figuras de Juan Domingo Perón y Eva Duarte aparecen plasmadas en muchos de los objetos que los turistas adquieren como recuerdo. No voy a detenerme a hablarte de esta pareja sobre la que tú tenías buena información y porque todo lo que ha sucedido después en aquel pueblo, daría por sí solo para escribir un libro. Además, con toda seguridad, tú y yo no estaríamos de acuerdo en muchos aspectos relacionados con la política, ni tampoco es mi intención, entablar una polémica ni nada que pueda parecerse a un ajuste de cuentas entre tus ideas y las mías. Pues bien, frente a esta Casa y en franco contraste con ella, queda el Cabildo, una de las escasas muestras arquitectónicas coloniales que todavía se conservan; blanca y de adobe como correspondería a muchas de nuestras típicas casas andaluzas de los pueblos blancos. En un costado de la Plaza se erige el impresionante edificio de El Banco de la Nación y frente a él, con un estilo menos llamativo, más gris, está la morada que se ocupa de controlar los impuestos de los ciudadanos. Por pura curiosidad visité el interior del primero de ellos, construido con grandes bloques de mármol que, al parecer, proceden de lejanos lugares, tal vez de Italia. La intención de sus formas fue la de darle un aire tan sólido como si tratara de representar el interior de una caja fuerte y debo decirte que el efecto lo consiguieron plenamente, pues uno se siente casi aprisionado a pesar de la amplitud de su superficie.

Cómo no hablar de las calles de Tucumán y Florida repletas de comercios de todo tipo, restaurantes, grandes y modernas galerías comerciales que también albergan centros culturales en los que se desarrollan las más diversas actividades artísticas. Es en su patrimonio cultural donde los argentinos marcan especialmente el acento, atentos a su conservación y crecimiento, sin olvidar la importancia de su difusión. Esta es sin duda una fuerza que los ayuda a encarar las otras realidades que les son adversas. Después están sus grandes teatros y los hermosos cafés, ese espacio que los españoles hemos ido perdiendo y que ha sido ocupado por otros establecimientos que prefiero obviar. El reconocimiento de este hecho, me hizo sentir un ramalazo de nostalgia. Allí uno se encuentra como en casa y, a la vez, en el interior de otra pequeña

ciudad donde los visitantes degustan sus exquisitos dulces (cosa que te hubiera hecho disfrutar muchísimo), cierran algún trato o, bien se reúnen para celebrar algún aniversario. También te diré que dada tu obsesión por la puntualidad, no entenderías por qué los argentinos suelen llegar tarde a las citas, yo tampoco.

Con este panorama que se vive a diario en la capital, a ningún visitante se le pasaría por la cabeza la idea de estar en un pueblo en crisis. Yo rebusqué y disfruté la existencia de otras zonas en cuyos edificios y calles queda escrito un discurso bien distinto. Te hablo de La Boca, lugar pintoresco y explotado turísticamente, donde se conservan restos de algunas casas antiguas que fueron construidas con chapas metálicas y pintadas capa sobre capa, con los restos de la pintura que los patronos de los barcos regalaban a los trabajadores. Donde se acababa un color, se comenzaba con otro, con tal grado de desinhibición que terminó por darle al barrio un tono vital inconcebible. Qué decirte de Barracas donde pude asistir a una comida de las Comunidades Indígenas celebrada en plena calle con el telón de fondo de sus diferentes músicas. Algunos argentinos, en rancho aparte, también habían sacado al exterior todo lo necesario para preparar su «asadito», con lo que la mezcla de olores y melodías te iba transportando de un lugar a otro sin necesidad de moverte de aquel espacio que en nada se parecía a todo lo demás... Mataderos... todo esto padre, corresponde a la zona deprimida de la ciudad, a sus márgenes, donde los desheredados no pierden el entusiasmo por recuperar lo perdido, lo que es suyo, del pueblo. Curiosamente son ellos, junto a los habitantes de la provincia, el cinturón que sostiene a la gran ciudad construida para deslumbrar. Cuando has recorrido ambos paisajes y mirado entre sus pliegues, empiezas a descubrir la parte decadente de la capital; miras hacia el suelo y lo descubres tremendamente castigado, con su piel levantada, casi en carne viva y cómo, estoicamente, sigue aguantando miles de pisadas cotidianas que insisten hasta causarle profundas grietas sin que nadie se ocupe, al menos, de una atención primaria. Es todo un síntoma de la esquizofrenia con la que el argentino se ve obligado a convivir, lo que hace aún más admirable su empeño por seguir siempre adelante con proyectos e ilusiones.

Se me olvidaba decirte que viajé varias veces en el «subte» desde su línea más antigua, la de Plaza de mayo que me recordó a

nuestros viejos trenes de cercanías con asientos de madera, hasta las más modernas. Ese mundo subterráneo que albergan algunas ciudades, siempre me ha resultado especialmente atractivo. La vida del subsuelo conviene vivirla si se quiere estar cerca de los seres humanos más sencillos y, en ocasiones, más sabios, más pícaros y más vitales. De esos que cada mañana se levantan demasiado pronto para acudir a sus trabajos, de los que padecen tantas carencias que, en ocasiones, se ven obligados a saltar por encima de los tornos para evitar el pago del billete. En el subsuelo la vida es otra aún siendo la misma: hay músicos que tratan de obtener algún beneficio alegrándonos los oídos, otros venden dulces que inundan los túneles de un olor empachoso, mientras que los vendedores ambulantes, aprovechan la ocasión para llevar a cabo un pequeño trueque que tal vez les ayude a salvar el día.

\* \* \*

El Festival llegó a su fin y dos de esas películas que te arañan por dentro, compartieron el primer premio. Sus miradas se dirigían a lugares distintos: África y Latinoamérica, pero sus mensajes tenían mucho en común: La denuncia del hambre, la corrupción y la miseria que padece gran parte de este planeta llamado Tierra.

De nuevo en el avión, retomé el libro que había iniciado en mi viaje de ida y cuya lectura no había podido finalizar a causa del trabajo y mis diferentes incursiones por la ciudad. Así, casi entre la vigilia y el sueño, me fui enterando de que «El Argentina», que en sus tiempos fue una de las construcciones más elegantes de la costa dálmata, a pesar de no haber renunciado a sus aires de grandeza se había convertido, por circunstancias que aun me quedan por desvelar, en un edificio venido a menos.

Poco a poco el cansancio de tantos días de ajetreo se apoderó de mí y mientras me iba quedando dormida, empecé a soñar la carta de este viaje tuyo que, ahora, doy por terminada ©